



unánimes

Estudios bíblicos

N: Los milagros de Jesús

37.- Jesús sana la oreja de Malco



unánimes

Estudios Bíblicos

N.37.- Jesús sana la oreja de Malco

1. El texto

Lucas 22:47-53

Mientras él aún hablaba, se presentó una turba. El que se llamaba Judas, uno de los doce, que iba al frente de ellos, se acercó hasta Jesús para besarle. Entonces Jesús le dijo:

—Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?

Cuando los que estaban con él se dieron cuenta de lo que había de acontecer, le dijeron:

—Señor, ¿heriremos a espada?

Entonces uno de ellos hirió a un siervo del Sumo sacerdote y le cortó la oreja derecha. Entonces, respondiendo Jesús, dijo:

—Basta ya; dejad.

Y tocando su oreja, lo sanó.

Entonces Jesús dijo a los principales sacerdotes, a los jefes de la guardia del Templo y a los ancianos que habían venido contra él:

—¿Como contra un ladrón habéis salido con espadas y palos? Habiendo estado con vosotros cada día en el Templo, no extendisteis las manos contra mí; pero esta es vuestra hora y la potestad de las tinieblas.

2. Introducción

Lo sucedido en el huerto de Getsemaní es narrado por los cuatro evangelistas. De todos ellos solamente Juan nos da los nombres de los protagonistas del evento violento de corte de oreja, a saber, Pedro y Malco. Los demás omiten los nombres probablemente porque cuando se escriben sus evangelios sinópticos, Pedro todavía estaba vivo y podría haber sido juzgado, mientras que cuando Juan escribe el suyo es probable que Pedro ya hubiese fallecido.

Este milagro está en el contexto de la traición de Judas, por lo tanto, debemos analizar también, la escena de traición en el huerto. Visitaremos la versión de cada evangelista en la medida en que sea oportuno para el análisis.

El milagro en sí mismo es solamente una pequeña parte de todo el evento, sin embargo, al ser un acto milagroso de Jesús, hemos elegido no omitirlo en esta serie de estudios de “Los milagros de Jesús”.

3. La llegada de Judas

Mientras él aún hablaba, se presentó una turba. El que se llamaba Judas, uno de los doce, que iba al frente de ellos, se acercó hasta Jesús para besarle.

Finalmente todo está listo. Ahora hay que encontrar a Jesús. Judas no sabía con certeza a qué lugar se había dirigido el grupo después de salir del aposento alto, pero como sabía que el Getsemaní era un lugar visitado con frecuencia por el Señor y sus discípulos, el traidor pudo suponer correctamente en qué lugar se encontraba. Así, mientras Jesús todavía estaba hablando a los discípulos, Judas era visto entrando en el huerto. “Judas, uno de los Doce”, dice en texto para enfatizar el carácter terrible del delito que este hombre estaba cometiendo. Puesto que era uno de “los Doce” sería imposible mencionar todos los privilegios que le habían sido otorgados durante los muchos días, semanas y meses que había pasado en la compañía inmediata de Jesús. Los otros once habían puesto en Judas una confianza tal que lo habían designado tesorero. Y ahora estaba demostrando que era completamente indigno de todos los honores y ventajas, de toda esta confianza. Se había convertido en un traidor desvergonzado y despreciable, un miserable renegado, uno que por la insignificante suma de treinta piezas de plata entregaba al enemigo al más grande Benefactor que jamás haya pisado esta tierra, a saber, al Mediador, al Dios Hombre, al Señor Jesucristo.

Nadie sabe cómo estaba ordenada la muchedumbre que acompañaba a Judas, si es que fuese posible hablar de algún orden o formación. Juan en su narrativa, nos ayuda a especular sobre ese orden y adicionalmente nos ilustra con detalles adicionales que nos servirán para nuestro análisis. Veamos entonces el texto de Juan:

Juan 18:1-11

Habiendo dicho Jesús estas cosas, salió con sus discípulos al otro lado del torrente de Cedrón, donde había un huerto en el cual entró con sus discípulos. Y también Judas, el que lo entregaba, conocía aquel lugar, porque muchas veces Jesús se había reunido allí con sus discípulos. Judas, pues, tomando una compañía de soldados y guardias de los principales sacerdotes y de los fariseos, fue allí con linternas, antorchas y armas. Pero Jesús, sabiendo todas las cosas que le habían de sobrevenir, se adelantó y les preguntó:

—¿A quién buscáis?

Le respondieron:

—A Jesús nazareno.

Jesús les dijo:

—Yo soy.

Estaba también con ellos Judas, el que lo entregaba. Cuando les dijo: «Yo soy», retrocedieron y cayeron a tierra. Volvió, pues, a preguntarles:

—¿A quién buscáis?

Y ellos dijeron:

—A Jesús nazareno.

Respondió Jesús:

—Os he dicho que yo soy. Si me buscáis a mí, dejad ir a estos.

Esto dijo para que se cumpliera aquello que había dicho: «De los que me diste, no perdí ninguno». Entonces Simón Pedro, que tenía una espada, la desenvainó, hirió al siervo del Sumo sacerdote y le cortó la oreja derecha. El siervo se llamaba Malco. Jesús entonces dijo a Pedro:

—Mete tu espada en la vaina. La copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?

Si se nos permite una suposición, el orden que seguía esa multitud sería el siguiente:

Adelante, Judas. Lucas lo llama líder. Es el que se va a acercar a Jesús, lo va a besar y por este medio lo va a señalar a los demás. Malco, el siervo personal del sumo sacerdote debe haber estado muy cerca de la primera línea al igual que la policía del templo, los levitas. El destacamento de soldados, junto con su comandante no pueden haber estado muy atrás. Juan menciona una compañía, una “cohorta”, probablemente obtenida en la torre Antonia, ubicada en la esquina noroccidental del área del templo. Aunque una cohorte completa estaba formada por seiscientos hombres (la décima parte de una legión), probablemente las autoridades romanas no habrían dejado la guarnición tan desamparada. En todo caso, el piquete debe haber sido más bien grande.

¿Pero por qué legionarios romanos? ¿No habría bastado la guardia del templo? La respuesta es que el Sanedrín había aprendido que no se podía siempre confiar en estos funcionarios. ¿Quién sabe? Aun podrían ponerse de parte de Jesús, como había ocurrido anteriormente. Por ello sintieron la necesidad de un destacamento de soldados. Y puesto que las autoridades romanas mismas estaban deseosas de evitar disturbios en Jerusalén, especialmente durante la Pascua cuando siempre existía el peligro de una rebelión judía, los legionarios solicitados fueron prontamente obtenidos.

Quizás un poco más atrás estuvieran los miembros del Sanedrín. No podemos tener seguridad si había otros en la escena.

Las fuerzas que tenían la comisión de arrestar a Jesús estaban bien equipadas. Los hombres llevaban espadas y garrotes. Respecto de las espadas, eran probablemente las armas cortas que eran parte del pesado armamento del soldado romano. Los palos o garrotes, podemos suponer, estaban en manos de los policías del templo. La certeza absoluta en tales asuntos no es posible. Las palabras tienen historia—en el caso presente esto significa que la palabra usada en el original y que se traduce “espada” podría a veces haber tenido un sentido más general. No siempre se utilizó para distinguir estas armas de las espadas más grandes. Además, no podemos estar del todo seguros que solamente los soldados llevaban espadas. ¿No tenía Pedro una espada? Todo lo que realmente sabemos es que los que llegaron a

arrestar a Jesús traían espadas y garrotes. La distribución de estas armas no se indica, aunque es natural pensar en los soldados equipados con armas.

El Evangelio de Juan además menciona “antorchas y linternas”. ¡Antorchas y linternas—para buscar a la Luz del mundo! ¡Y había luna llena! Espadas y garrotes—para subyugar al Príncipe de Paz. Para el Varón de dolores, la sola visión de esta banda de rufianes, que lo consideraban su presa, ya le causaba un sufrimiento indescriptible. ¡Y pensar que los hombres que se suponía eran los líderes de Israel, altamente religiosos y devotos, principales sacerdotes y escribas y ancianos, que juntos formaban el Sanedrín, habían enviado esta fuerza! En vez de recibir a Jesús como el largamente esperado Mesías, estaban enviando un pelotón a capturarlo, con el propósito final de llevarlo ante las autoridades para que fuese sentenciado a muerte.

4. El famoso beso de Judas

Entonces Jesús le dijo:

—*Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?*

Hay quienes afirman que el beso era la forma usual de saludar a un rabí. Sea como fuere, podemos estar seguros que tanto entonces como ahora—aunque más en algunas regiones de la tierra que en otras—el beso era símbolo de amistad y afecto. Sin embargo, en la forma usada por Judas, es la señal acordada de antemano, para que la banda se apoderase de Jesús y, como añade Marcos en su evangelio, llevárselo con seguridad o “custodiado”. Por cierto, Judas ya tenía su dinero, pero también sabe que no podrá guardarlo hasta que haya asegurado que aquel a quien está entregando ya está en manos del Sanedrín.

Así que, habiendo llegado al Getsemaní al frente del piquete que había sido enviado para arrestar a Jesús, al verlo Judas se adelanta. Entonces saluda a Jesús diciéndole: “Rabí”, como dice Marcos o, según lo expresa Mateo “Hola Rabí”. Y lo que hace a continuación ha hecho que todas las generaciones se recojan de horror a la sola mención de su nombre. Abrazando a Jesús, lo besa, quizás ferviente o repetidamente.

5. Lo que dice Jesús

Entonces Jesús le dijo:

—*Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?*

De la respuesta de Jesús—“Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?”—es claro que aun en este último momento Jesús está amonestando sinceramente a Judas. Por su eterna condenación solamente él es el culpable. Jesús se encarga de enfatizar que Judas está entregando al Mesías, pues “Hijo del Hombre” era una expresión equivalente.

6. La reacción de los discípulos

*Cuando los que estaban con él se dieron cuenta de lo que había de acontecer, le dijeron:
—Señor, ¿heriremos a espada?*

Mateo nos dice que: “Entonces todos los discípulos los dejaron y huyeron”. Si un poco más tarde todos huyeron, tienen que haber estado con Jesús en este momento. Así que cuando los once vieron lo que estaba por ocurrir, a saber, que su Maestro estaba por ser detenido, le preguntaron si debían usar la fuerza (“la espada”). Notemos que nuevamente, como había ocurrido frecuentemente antes, no habían logrado captar el sentido de las palabras de Jesús. Uno de los hombres ni siquiera esperó una respuesta sino que entró en acción de inmediato.

7. El ataque a Malco

Entonces uno de ellos hirió a un siervo del Sumo sacerdote y le cortó la oreja derecha.

Aunque el hecho se relata en los cuatro Evangelios, solamente Juan menciona los nombres de las dos personas que (aparte de Jesús mismo) figuraban en forma más prominente en él. Estos dos eran Pedro y Malco, el siervo del sumo sacerdote. “*Entonces Simón Pedro, que tenía una espada, la desenvainó, hirió al siervo del Sumo sacerdote y le cortó la oreja derecha. El siervo se llamaba Malco.*”

La razón por la que Juan solamente menciona estos dos nombres bien pudo haber sido que cuando se escribió su Evangelio ya no era posible castigar al atacante. Ese atacante era Simón Pedro. Envalentonado quizás por el maravilloso triunfo de Jesús sobre los hombres que lo habían venido a capturar—al principio los presuntos captores ante las palabras de Jesús habían retrocedido y caído en tierra (así lo narra Juan)—e impelido por sus anteriores jactancias, Pedro desenvainó su corta espada. Enseguida saltó hacia Malco y, probablemente debido a que el siervo vio lo que se le venía encima y saltó a un lado, le cortó la oreja. Entre los Evangelios Sinópticos solamente Lucas hace mención del hecho de que fue la oreja derecha. Como médico, su interés por la anatomía humana era más agudo que el de los otros escritores sinópticos.

8. El milagro

*Entonces, respondiendo Jesús, dijo:
—Basta ya; dejad.
Y tocando su oreja, lo sanó.*

Aquí es claro que Jesús estaba prohibiendo el uso de la fuerza. Una versión expandida de lo dicho lo narra Juan y un relato aún más detallado en Mateo:

Mateo 26:51–54

Pero uno de los que estaban con Jesús, echando mano de su espada, hirió a un siervo del Sumo sacerdote y le quitó la oreja. Entonces Jesús le dijo:

—Vuelve tu espada a su lugar, porque todos los que tomen espada, a espada perecerán. ¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles? ¿Pero cómo entonces se cumplirían las Escrituras, de que es necesario que así se haga?

Pero no solamente lo que Jesús dijo tiene significación, sino también lo que hizo. ¿Había sido cortada la oreja con el sablazo y estaba colgando de un trozo de piel? Como quiera que uno conciba esto, Lucas, siendo él mismo uno que sana, informa que Jesús tocó la oreja del hombre y lo sanó. No debe haber posibilidad que nadie pueda relatar con verdad que Jesús mismo hubiera hecho algo incorrecto o que hubiera permitido que algo incorrecto hecho por otro quedara sin rectificar. Además, una vez más vemos a Jesús como el gran Compasivo y Sanador, el Salvador, y esto no solamente para el alma (en el caso de todo aquel que pone en él su confianza) sino aun para el cuerpo.

9. Las palabras de Jesús a los sacerdotes

Entonces Jesús dijo a los principales sacerdotes, a los jefes de la guardia del Templo y a los ancianos que habían venido contra él:

—¿Como contra un ladrón habéis salido con espadas y palos? Habiendo estado con vosotros cada día en el Templo, no extendisteis las manos contra mí;

Ahí mismo Jesús habló a la multitud, particularmente, como Lucas lo señala, “a los principales sacerdotes, a los capitanes de la guardia del templo, y los ancianos”. Probablemente se haya dirigido también a algunos escribas. Los tres grupos que componían el Sanedrín estaban representados aquí. Por supuesto, estas personas no tenían por qué estar allí durante esta noche sagrada, pero estaban tan ansiosos de ver si su siniestra conspiración contra el enemigo iba a tener éxito que de veras se dejaron ver entre la multitud, probablemente en las orillas. Jesús entonces señaló a la multitud—a todos los que habían venido a arrestarlo y todos los que se gozaban con malicia en su captura—que cobarde y pérfidamente se estaban comportando. Habían venido contra Él con un ejército, equipados con espadas y garrotes como si hubiera sido un asaltante de caminos o, según la forma en que se puede traducir el texto, un revolucionario, un rebelde o un promotor de insurrecciones. En realidad había sido y era un profeta pacífico que se sentaba cada día en el templo enseñando a la gente. Su vida había sido un libro abierto. Si hubiera sido culpable de algunos delitos, los que estaban a cargo de la ley y el orden habrían tenido toda oportunidad para apresararlo.

Decir, como algunos, que Jesús era “inofensivo” es decir las cosas con demasiada suavidad. Él era y es “el Salvador del mundo”, el más grande Benefactor de la humanidad.

¡Cuán absurdo e hipócrita era para el enemigo en las horas de oscuridad caer sobre este Buen Pastor, de quien nadie que oyera su mensaje tenía nada que temer y que aun enseñaba a la gente a amar a sus enemigos!

Al hablar a la multitud en esta forma, Jesús en realidad les estaba haciendo un favor, Estaba denunciando la culpa que tenían. ¿No es verdad que se necesita la confesión de la culpa para producir la salvación? Aunque es un hecho que la gran mayoría de los que oyeron a Jesús decir estas palabras se endurecieron en su pecado, no tenemos derecho a concluir que el mensaje, junto con otros mensajes que siguieron (por ejemplo, las siete palabras de la cruz, el discurso de Pedro en Pentecostés, etc.) haya sido completamente inefectivo. La impresión que nos dejan estas palabras del Señor es que fueron dichas de un modo calmado y sincero. Es cierto que Jesús reprende, pero al mismo tiempo aun ahora está buscando al perdido para salvarlo.

10. Y Jesús añade

...pero esta es vuestra hora y la potestad de las tinieblas.

Esta era la hora—esta es, la hora predestinada en que las potestades de las tinieblas hacían lo suyo con Jesús, siempre, no obstante, bajo la providencia dominante de Dios.

11. Conclusión

Judas había encontrado la manera de traicionar a Jesús de forma que las autoridades se le pudieran echar encima cuando no hubiera gente. Sabía que Jesús acostumbraba a ir por las noches al jardín de la colina, y allí guio a los emisarios del Sanedrín. El capitán del templo, el sagán, era responsable del buen orden en el lugar sagrado; los oficiales que se mencionan aquí eran sus subalternos, que estaban a cargo del arresto de Jesús. Cuando un discípulo se encontraba con su querido rabino, le ponía la mano derecha en el hombro izquierdo y la izquierda en el derecho, y le daba un beso. Fue el beso del discípulo al maestro el que Judas usó como señal de su traición.

Hay cuatro personajes implicados en la escena del arresto, y son significativas las acciones y reacciones de cada uno:

- a. Tenemos a Judas, el traidor. Era un hombre que había dejado a Dios para hacerse aliado de Satanás. Sólo cuando se ha echado a Dios de la vida y recibido a Satanás se puede llegar tan bajo como para vender a Cristo.
- b. Tenemos a los judíos que habían venido a arrestar a Jesús. Estaban ciegos para Dios. Cuando Dios encarnado vino a la Tierra, en lo único que podían pensar era en cómo le podían empujar a la cruz. Llevaban tanto tiempo siguiendo su propio camino y cerrando los oídos y los ojos a la voz y a la luz de Dios que, al final, ya no le pudieron reconocer cuando vino. Es terrible ser sordo y ciego para Dios.

- c. Tenemos a los discípulos. Eran hombres que de momento habían olvidado a Dios. Se les había hundido el mundo, y estaban convencidos de que aquello era el fin. En lo último que pensaban entonces era en Dios; en lo único que pensaban era en la terrible situación en que se encontraban. Al que se olvida de Dios y le excluye de la situación le pueden pasar dos cosas: o se aterra y desarticula totalmente, o pierde el poder para enfrentarse con la vida y resolver la situación. En tiempo de prueba, la vida es invivable sin Dios.
- d. Tenemos a Jesús. Era el único en toda la escena que se acordaba de Dios. Lo maravilloso de Jesús en aquellos últimos momentos era su absoluta serenidad una vez que pasó Getsemaní. Aun en su arresto, parecía ser el que estaba en el control de la situación; hasta en su juicio, Él era el juez. El que vive con Dios puede resolver cualquier situación y mirar impertérrito a los ojos a cualquier enemigo. Sólo cuando un hombre se ha sometido a Dios puede estar por encima de las circunstancias.

En medio de todo esto Jesús realiza un milagro. Imaginemos la escena. Una multitud se acerca con espadas, palos y linternas. En ella vienen los principales líderes religiosos de Jerusalén, soldados romanos y la guardia del Templo. También viene Judas el traidor. En una manifestación celestial, Jesús se identifica como el “yo soy”, o sea, Aquel que se manifestó a Moisés en la zarza ardiente. Todos caen al suelo anonadados. Luego Pedro, envalentonado, le cercena la oreja derecha al pobre Malco, siervo del sumo sacerdote. Jesús, mostrando varios de los atributos divinos (amor, misericordia, poder, sabiduría) sana inmediatamente a Malco, regaña al impulsivo Pedro y manifiesta su divinidad diciendo: *¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles?*

Acto seguido se somete a las autoridades, es juzgado de forma ilegal, los romanos entonces lo laceran y luego toma camino a la cruz, lugar donde obtiene para todos los que iban a creer en Él, eterna salvación.

En medio de toda esa actividad, que se desencadenó con la llegada de Judas a Getsemaní y culminó con su muerte en la cruz, Jesús sanó la oreja de Malco. Ese es Jesús... nuestro Dios y Señor.